

SAN IGNACIO, CAPITAN Y FUNDADOR

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

La Compañía de Jesús fue fundada por un grupo admirable de universitarios católicos. En Salamanca, cátedra de Vitoria y Fray Luis; en Alcalá de Hanares donde fue bautizado Cervantes y forjó Jiménez de Cisneros los cimientos del profundo humanismo cristiano de la contrarreforma; en París que todavía enseñaba a Santo Tomás y a San Alberto en la Sorbona; en Venecia competidora del turco en el Adriático, y en Roma, finalmente, aquellos varones inmortales llamados Iñigo de Loyola, Fabro, Laínez, Bobadilla, Salmerón, Rodríguez y Javier, crearon una nueva forma de vida en común, una orden militante, audaz y en consonancia con los tiempos en que las mesnadas de Lutero amenazaban igualmente la unidad de Europa y el vínculo social, histórico y teológico de la cristiandad. Las bases espirituales habían tenido comienzo en Pamplona, cuando un capitán herido empezó a sentirse caballero de la cruz; leyó y meditó la Imitación de Cristo y el Flos Sanctorum, para luego despojarse de títulos y prebendas en las alturas de Monserrat, delante de la Virgen Nuestra Señora que lo quiso educar sobrenaturalmente en los caminos del Señor. En Manresa se comenzarán aquellos ejercicios espirituales en un éxtasis amoroso y doloroso, ejercicios que serán la base y fundamento para aquellos estudiantes de varias naciones en su formación espiritual, en la acerada disciplina interior, en el despojo de las tres concupiscencias para asemejarse a su Capitán Jesús.

Paulo III daría aprobación a una Orden cuyas constituciones son obra de sobrehumana prudencia, inician una época en la legislación canónica de la vida religiosa y constituyen así mismo una codificación de la ascética ignaciana.

El general vitalicio de la nueva cruzada fue un hombre ponderado y realista, un carácter de acero como sus montañas vascongadas, un razonador "alegremente grave y gravemente alegre", al decir de Rivadeneira. Amante de la pobreza como el Poverello de quien fue eternamente devoto, firme en tomar resoluciones de por vida, penetrado del sentido del deber en las milicias ibéricas, lleno de un fuego interior que comunica irradiando a cuantos le conocen antes de ser

herido, la gracia no destruyó aquellos atributos, antes bien, los perfeccionó sublimándolos.

“Apasionado y dueño de sí mismo; emprendedor y paciente; leal y reservado; noble y modesto; indulgente y riguroso; místico y razonable; este hombre es todo contrastes y por sus mismos contrastes desconcierta y domina. Ni los hombres ni las cosas le pueden resistir. Sobre todo tuvo una fuerza de carácter indomable, una abnegación sin límites y un intenso amor a Jesucristo que llenó hasta desbordarse ese corazón grande y fuerte, troquelándole para obrar y sufrir hasta lo último”.

San Ignacio fue hidalgo por cuna, guerrero por herencia, estratega por genial intuición divinalmente iluminada, un carácter y una voluntad sin desmayos. En su obra y en la de Santa Teresa, en la de San Juan de la Cruz y San Pedro de Alcántara, en la de San Felipe Neri y el Concilio de Trento se rompieron las olas enfurecidas de la reforma luterana. Los ejercicios espirituales, los cánones del concilio, las carabelas del almirante genovés, las moradas de Santa Teresa, el cántico espiritual de San Juan de la Cruz, el mayor lírico de España y el más extraordinario de los místicos de la historia en la Subida al Monte Carmelo, y los Nombres de Cristo de Fray Luis de León, hicieron posible que la Iglesia salvara a España, a los países latinos y a la América naciente del cisma y la herejía que desgarraban a Europa y dilapidaban la herencia cultural de los siglos cristianos en las bacanales luteranas.

Los ejercicios espirituales son un psicoanálisis sobrenatural de extraordinario resultado. Cuatro siglos de ascesis no han producido nada mejor. Los Romanos Pontífices son sus apologistas y la formación que en ellos se adquiere es sólida, racional, apostólica, irradiante. Hay muchos tratados de vida interior y del combate contra los peligros del alma. Todos ellos son tesoros exclusivos del catolicismo, ya que en las demás religiones la pobreza en este campo, en que es riquísima la Iglesia, revela el vacío espiritual de las posiciones paganas o heterodoxas.

San Ignacio, tan devoto de Santo Tomás de Aquino, cuya doctrina recomienda a la Compañía, sintió el influjo del Angélico no sólo en los ejercicios sino también en las constituciones. El padre Buccheroni y Monseñor Carrasquilla tienen páginas de crítica comparada en que el paralelismo entre la Suma Teológica y los libros de San Ignacio son notorios. No son los ejercicios unas ascesis dulzarrona propia de iluminados o de caracteres cómodos, ni se prestan para atraer a las gentes con el señuelo de agradar, posición esta de los falsos apóstoles. En aquella disciplina portentosa, el divino influjo corre parejas con la dialéctica escolástica y con la ternura de la Pasión contemplada por el santo. Hablando Nadal de las constituciones y de los ejercicios sugiere una definición conjunta, llena de gracia y de verdad: “Quasi ille omnia accepisset in spiritu sapientiae architectonico”, como si el fundador de la Compañía hubiese recibido todas esas verdades de Dios y las hubiese dispuesto con una armonía arquitectónica.

Entre los estudiosos se controvierte si como autor es más genial San Ignacio en el pequeño libro de los ejercicios, en las constitu-

ciones o en el generalato vitalicio de la Compañía. Posiblemente el asceta y el psicólogo de los ejercicios hubiera dejado en el camino su obra inmortal sin aquel organismo en pirámide que regula, orienta y prevé la estructura sobrenatural, disciplinaria y profundamente realista de las constituciones.

En él, como en Santa Teresa, se conjugaron de manera admirable el doble espíritu de lucubración y de sindéresis, acompañados, bañados ambos, con un amor encendido a Jesucristo, entrañable a sus hermanos en religión, devoto a la Santa Sede y a las almas. Amor, cuya base fue la abnegación, hija de la obediencia y producto de la humildad. Un jesuita sin aquellas tres virtudes, andaría lejos de la vida interior y separado del camino real de la cruz.

El *modus parisiensis* fue la raíz del *Ratio studiorum*, manual pedagógico de la compañía que es, con los sistemas de Calasanz, La Salle y Don Bosco, capítulo obligado para los estudiosos en estas disciplinas y manantial inexhausto para los educadores de las edades por venir.

Al aprobar Paulo III, después de mil dificultades, la nueva Orden religiosa, tejió el elogio de los fundadores como tales, de aquellos teólogos graduados, predicadores, confesores, maestros y capellanes; de su doctrina y de sus métodos de reforma. En la soberbia basílica de San Pedro extra muros harían los votos los primeros delante de Iñigo. Ignacio que había demorado la aceptación del generalato hasta que el capellán del primoroso templete de Brabante en San Pietro in montorio, un sencillo franciscano, hombre de vida sobrenatural y de consejo y discreción de espíritu, le dio su asentimiento y mandato, aceptó finalmente la cruz. Y se aprestó desde entonces para ese diálogo conmovedor con todos sus hijos repartidos ya por los horizontes: evangelizadores como Javier; teólogos como Fabro, Salmerón y Laínez; escritores e historiadores como Rivadeneyra y Nadal, todos ellos contarán a las futuras generaciones cómo aquel hombre de paso vacilante y defectuoso, de mirada perspicaz y salud enfermiza, será el primero en el deber, el más asiduo en la oración y en la correspondencia epistolar, el ardoroso defensor de la cátedra romana y el amigo de los pobres, de los pecadores, de los niños del catecismo.

El catecismo será una de sus prácticas y una de las más valiosas de la Compañía, según sus mandatos. Bellarmino, Canisio, Ripalda y Astete, son grandes catequistas jesuitas. Y Astete es para la América Latina el libro en que aprendimos los deberes ciudadanos, las obligaciones familiares, los deberes con Dios y con el prójimo. Con razón el gran Valencia afirmó en la Universidad Católica de Chile que el catecismo del Padre Astete era, después de la Biblia, su obra más admirada y leída.

En nombre de la Universidad Pontificia Bolivariana cuyos rectores han tenido la fortuna de estudiar en la Gregoriana de Roma con los hijos de San Ignacio y con ellos los principios, estrategias y métodos de la escuela, según Santo Tomás, me permito rendir un tributo de admiración respetuosa a la ínclita Compañía de Jesús, falange desplegada y victoriosa por todos los ámbitos del mundo. A esa misma Compañía cuya acción en la cultura cristiana es imponderable, cuya

labor en la formación de juventudes continúa fresca y lozana, cuyas victorias y martirios pertenecen a la Iglesia y cuya acción en la América ha sido eficaz colaboración con el episcopado y el clero diocesano.

Cuatro siglos repletos de contenido doctrinario, de santos y doctores, de predicadores y teólogos, de educadores y mártires, son un balance prodigioso, tanto más cuanto que las dificultades han sido permanentes. Dios les ha sido propicio y el mundo los persigue o los bendice por que son a menudo signo de contradicción. Y entre el homenaje que les rinden las órdenes y congregaciones religiosas a la Compañía en estas fechas centenarias, el aplauso agradecido de los sacerdotes seculares es tan intenso como sincero.

En este año llega la Universidad Pontificia Bolivariana al vigésimo aniversario de su lucha y de su vida y en esta efemérides gloriosa os tributa, hijos de San Ignacio, el homenaje de su claustro y juventudes a vosotros que habéis heredado el compromiso de cuatro siglos de luchas, martirios, victorias y experiencias, por el reinado de Jesucristo Capitán y de su lugarteniente el Papa.

Ad maiorem Dei gloriam!